



El Nacionalismo contra Eta

ANTXON SARASQUETA

Los estadistas suelen decir que el mayor acierto de un gobierno es no cometer errores de gravedad. Es el saldo que se le puede atribuir al gobierno autonómico que preside José Antonio Ardanza en el país Vasco, cuando llega al balance tradicional de sus primeros cien días. Y aunque el de la comunidad vasca es un presupuesto de 476.000 millones de pesetas para esta año, puede decirse que en el terreno político no se han producido grandes movimientos que hayan desdibujado el balance anterior.

El Partido Nacionalista Vasco ha introducido una especial cautela —eso sí se ha notado— en no provocar las iras del Gobierno de Felipe González, una vez rota su coalición con el PSE-PSOE, con la que gobernó durante los pasados cuatro años.

El principal test del nuevo gobierno de signo nacionalista de centro-izquierda (PNV-EE-EA), estaba en la política antiterrorista. ¡Cambiará la entrada de Euskadi Ezkerra y Eusko .Alkarta-suna en el gobierno, el frente anti-ETA desarrollado por el anterior ejecutivo de socialistas y

peneuvistas? Ese frente había sido trasladado al Pacto de Ajuria Enea en el que participan todos los partidos democráticos vascos.

El nuevo gobierno convocó en sus primeras semanas a las fuerzas de oposición, y todos los partidos —además de ratificar los principios y la acción contra ETA— se comprometieron a presentar un documento con posiciones que contribuyan a un fortalecimiento de esa misma línea. La explicación la daba uno de los asistentes: «Hoy es rentable, electoralmente, enfrentarse a ETA en el País Vasco».

La trampa infernal de la violencia

El fondo está en el cambio de actitud producido en la pasada legislatura, y el giro del PNV para sacudirse la trampa infernal de la violencia terrorista que domina y ahoga —como las boas—. La última batalla del gobierno y los partidos democráticos contra ETA y Herri Batasuna, está en la autopista que une Navarra y Guipúzcoa. A pesar de los intentos violentos por impedir su construcción, las

intituciones y los partidos se han movilizado para garantizarla. Dato este de algún interés para medir el pulso vasco, pues fue la campaña de ETA y su asesinato del ingeniero Ryan, los que determinaron el cierre de la central nuclear de Lemoniz.

El pacto contra ETA de los partidos vascos, no ha implicado que estos hayan menguado sus ataques recíprocos, e incluso las tensiones internas entre los partidos nacionalistas que forman la coalición de gobierno. Pero eso es parte del paisaje en un escenario donde conviven siete fuerzas políticas parlamentarias, enfrentadas por las visiones «nacionalista» y «españolista», una sociedad bilingüe en un país fronterizo, y un clima sacudido por el terrorismo y sus efectos.

Uno de los cambios anotados en ese paisaje, es el de un mayor clima de convivencia. Fluyen las pasiones, pero se han dado saltos que van hacia la normalización. En la vida social, con la marginación de ETA cuando antes se producía una complicidad masiva. Y en la vida política, donde el PNV ya no descarta pactar con el centro-derecha español. De hecho, el partido que preside Xabier Arzallus negoció con el Partido Popular su posible entrada en un gobierno de coalición, cuando decidieron no renovar los pactos de gobierno con el Partido Socialista, tras las elecciones.

La naturaleza de sus líderes

A las mejores relaciones entre todas las fuerzas contribuye la naturaleza personal de algunos de sus líderes. A Arzallus se le conoce como un «presidente tranquilo». A Jaime Mayor Oreja (inventor del mensaje de «normalización» del país Vasco, cuando las balas agujereaban a sus amigos) por su talante de diálogo y su discurso de racionalidad. Ramón Jauregui proyecta su imagen en un gesto sereno. Xabier Arzallus ha madurado su discurso y pensamiento político. También la realidad del País Vasco ha cambiado, pues los niveles de autonomía de los que goza hoy han desactivado las tensiones producidas por aquellas reivindicaciones de la transición democrática.

La «carga» del nacionalismo condiciona el conjunto de la política española, y toda perspectiva nacional. Felipe González se apoya hoy en vas-

eos y catalanes para tranquilidad de su mayoría gubernamental. Pero el hecho más relevante para los socialistas es mantener a los nacionalistas alejados del Partido Popular.

La alternativa del centro-derecha en España está necesitada del apoyo nacionalista. Rota la hegemonía socialista que representaba la mayoría absoluta de las dos primeras legislaturas, las minorías refuerzan su peso e influencia. Arzallus ha admitido que «cabría» que el PNV participase en una coalición con el PP y CiU en un gobierno alternativo al socialista.

Las últimas elecciones vascas abrieron un debate interno en el PNV y el PP —a nivel nacional— sobre la conveniencia y posibilidades de pactar entre las dos fuerzas. No se ha producido, pero la dinámica interna para poder «sintonizar» populares y peneuvistas en un futuro, ya ha comenzado a plantearse, con posturas encontradas en el seno de ambos partidos.

Todavía siguen pesando, en ambos casos, los sentimientos más radicales y los sectores electorales que atienden al discurso de las esencias.

Se ha producido entre ambos partidos —populares y peneuvistas— el hecho de converger en el mismo marco democristiano europeo —PPE— en el que participan con los nacionalistas catalanes de Unió.

El actual gobierno vasco favorece un alcance progresivo de cuotas de poder para los nacionalistas, que tendrá su reflejo en las elecciones municipales de mayo. Tanto por ser más los recursos disponibles por estas fuerzas desde el poder, como por la reproducción del mismo pacto nacionalista en los ámbitos e instituciones locales ¿En perjuicio de Herri Batasuna? Ese puede ser el caso.

Los socialistas vascos también temen que la pérdida del poder autonómico les afecte a ellos: tanto por las alianzas nacionalistas, como por los atisbos de una aproximación entre populares y peneuvistas. Pero esto ya forma parte del juego democrático.

A los políticos —y los demás— vascos de hoy les pasa lo contrario que a don Miguel de Unamuno cuando renegaba contra el exceso de normalidad: sí buscan lo que el escritor llamó «la plaga del normalismo».